

# ACHSC

ANUARIO COLOMBIANO de HISTORIA SOCIAL  
y de la CULTURA

VOL. 52, N.º 1, ENERO-JUNIO 2025

ISSN-L: 0120-2456

[revistas.unal.edu.co/index.php/achsc](http://revistas.unal.edu.co/index.php/achsc)

<https://doi.org/10.15446/achsc>

## DOSSIER: Misiones católicas y protestantes en América del Sur, siglos XIX y XX

### ► Editores invitados:

Thomas Fischer

Marisol Grisales Hernández

Amada Carolina Pérez Benavides



- "Los alumnos del orfelinato de San Antonio construyendo un acueducto"  
*Revista de la Exposición Misional Española*, Barcelona, núm. 7, abril de 1929, 313.

# Los orfelinatos indígenas en La Guajira y la mano de obra infantil, 1910-1930<sup>1</sup>

*Indigenous Orphanages in La Guajira and Child Labour, 1910-1930*

*Os orfanatos indígenas em La Guajira e o trabalho infantil, 1910-1930*

---

➔ <https://doi.org/10.15446/achsc.v52n1.112461>

➔ **MISAELO KUAN BAHAMON**

Universidad de Los Andes, Colombia

[misael.kuan29@gmail.com](mailto:misael.kuan29@gmail.com) | <https://orcid.org/0000-0002-4537-7704>

## Artículo de investigación

Recepción: 14 de enero del 2024.

Aprobación: 5 de julio del 2024.

Páginas: 1-32

## Cómo citar este artículo

Misael Kuan Bahamon, “Los orfelinatos indígenas en La Guajira y la mano de obra infantil, 1910-1930”, *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 52, n.º 1 (2025): 1-32.



Reconocimiento-SinObraDerivada 4.0  
Internacional (CC BY-ND 4.0)

---

<sup>1</sup> Este artículo ha sido producto de la escritura de la tesis doctoral en historia sustentada en la Universidad de los Andes en el 2022 que lleva por título “Los orfelinatos como estrategia civilizatoria: misiones católicas en Putumayo y La Guajira (1887-1946)”. Ha sido financiada por la convocatoria de doctorados nacionales N.º 727 de 2015 del Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación (antes Colciencias).

**RESUMEN** **Objetivo:** analizar las condiciones del desarrollo de los orfelinatos indígenas de La Guajira entre 1910 y 1930, particularmente los orfelinatos de San Antonio y de Nazaret, los cuales fueron una estrategia tanto de la Iglesia como del Estado colombiano para controlar las móviles poblaciones wayúu, insertas en dinámicas del capital que suponían el comercio de mano de obra infantil indígena hacia Venezuela. **Metodología:** hay una aproximación desde la historia cultural que permite entender las distintas negociaciones que se desarrollaron en el espacio misionero y los orfelinatos. **Originalidad:** esta mirada permite vincular el espacio misionero con aspectos específicos de los grupos indígenas, como su forma de habitar el territorio, las migraciones permanentes en búsqueda de agua y buenos pastos para sus ganados, y las relaciones particulares entre clanes. Todo esto supone una mirada novedosa para enriquecer la historia de las misiones religiosas, que en la historiografía ha enfatizado los estudios tanto de las relaciones Iglesia-Estado como las de dominación. **Conclusiones:** el estudio de los orfelinatos en La Guajira revela que estos sirvieron como un mecanismo para controlar las querellas permanentes entre clanes poderosos y de control de mano de obra indígena, la cual estaba siendo acaparada por la demanda de las haciendas del país vecino. Los capuchinos buscaban retener niños en los orfelinatos con el fin de formarlos en oficios necesarios para el desarrollo local como la talabartería y la producción agropecuaria ovina y caprina.

**Palabras clave:** capitalismo; educación católica; misiones católicas; órdenes religiosas; pueblos indígenas; relación Iglesia-Estado.

**ABSTRACT** **Objective:** To analyze the conditions of development of the indigenous orphanages of La Guajira between 1910 and 1930, particularly the orphanages of San Antonio and Nazaret, which were a strategy of both the Church and the Colombian State to control the movable Wayúu populations, inserted into capital dynamics involving the trade of indigenous child labor to Venezuela. **Methodology:** There is an approach from cultural history that allows us to understand the different negotiations that took place in the missionary space and the orphanages. **Originality:** This view allows us to link the missionary space with specific aspects of indigenous groups such as their way of inhabiting the territory, permanent migrations in search of water and good pastures for their cattle, and the particular relationships between clans. All this implies a new look to enrich the history of religious missions, which in historiography has focused on the studies of Church and State relationships, as well as on relationships of domination. **Conclusions:** The study of orphanages in La Guajira reveals that they served as a mechanism to control permanent disputes between powerful clans, and to control indigenous labor which was being monopolized by the demand of the neighboring country's haciendas. Capuchins sought to retain children in orphanages in order

to train them in trades necessary for local development such as saddlery and sheep and goat farming.

**Keywords:** Capitalism; Catholic education; Catholic missions; Church-State relationship; indigenous peoples; religious orders.

## RESUMO

**Objetivo:** analisar as condições do desenvolvimento dos orfanatos indígenas de La Guajira entre 1910 e 1930, particularmente os orfanatos de San Antonio e de Nazaret, os quais foram uma estratégia tanto da Igreja quanto do Estado colombiano para controlar as populações móveis wayúu, inseridas nas dinâmicas do capital que supunham o comércio de mão de obra infantil indígena para a Venezuela. **Metodologia:** há uma aproximação desde a história cultural que permite entender as diferentes negociações que se dão no espaço missionário e os orfanatos. **Originalidade:** esta visão permite vincular o espaço missionário com aspectos específicos dos grupos indígenas como sua forma de habitar o território, as migrações permanentes em busca de água e bons pastos para seus rebanhos, e as relações particulares entre clãs. Tudo isto supõe um olhar inovador para enriquecer a história das missões religiosas, que na historiografia enfatizou os estudos das relações Igreja-Estado e das relações de dominação. **Conclusões:** o estudo dos orfanatos em La Guajira revela que estes serviram como um mecanismo para controlar as querelas permanentes entre clãs poderosos, e de controle de mão de obra indígena a qual estava sendo monopolizada pela demanda das fazendas do país vizinho. Os capuchinhos procuravam manter crianças nos orfanatos, a fim de as formar em ofícios necessários ao desenvolvimento local, como a talabarteria e a produção agropecuária ovina e caprina.

**Palavras-chave:** capitalismo; educação católica; missões católicas; ordens religiosas; povos indígenas; relação Igreja-Estado.

A principios del siglo XX, el Estado colombiano modificó el acuerdo que tenía con la Iglesia católica para desarrollar formas particulares de incorporación de los territorios nacionales.<sup>2</sup> El nuevo convenio se articulaba al proceso de configuración del Estado-nación que buscaba ejercer soberanía sobre estas regiones, consideradas por el gobierno central como “ingobernables” y habitadas por “salvajes”.<sup>3</sup>

2 Ministerio de Relaciones Exteriores, “Convenio con la Santa Sede sobre misiones encargadas de la evangelización y reducción de tribus salvajes”, *Diario Oficial* (Bogotá), 12 febrero de 1903, 57-59.

3 Los territorios nacionales, desde la Constitución de 1863 y hasta la de 1991, fueron tutelados directamente por el gobierno central. Los gobiernos liberales radicales determinaron que estos territorios fueran las islas de San Andrés y Providencia, los llanos de San Martín, Casanare y Bolívar, La Guajira, la Sierra Nevada y Motilones. Estas regiones fueron variando con las nuevas disposiciones administrativas.

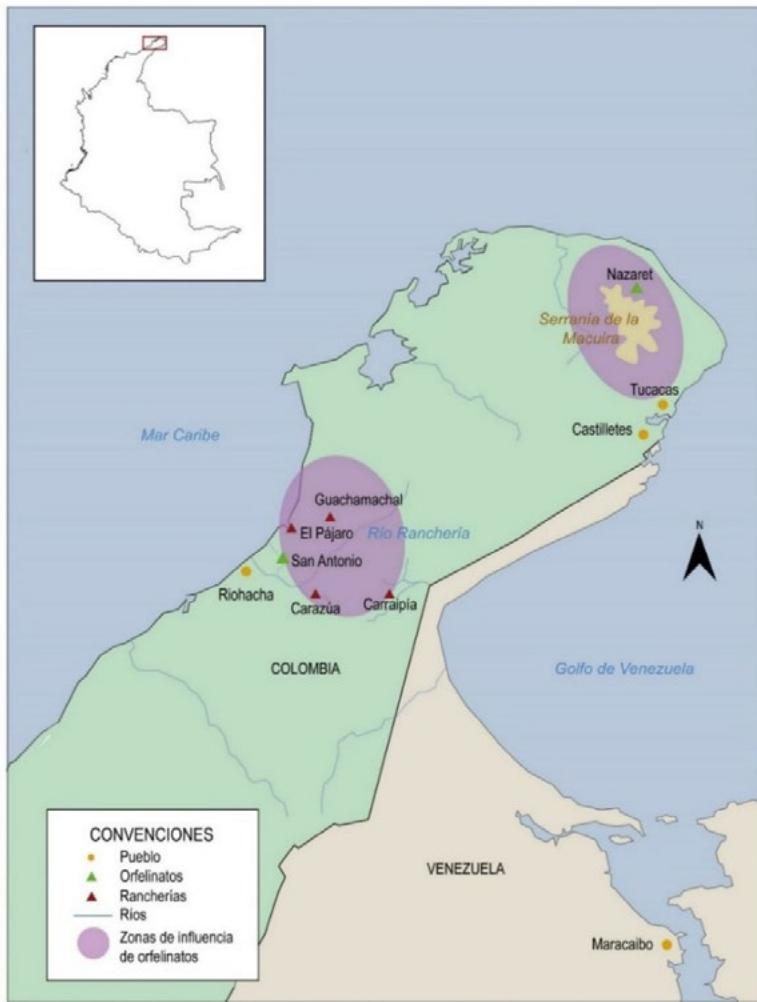
Con este nuevo acuerdo, la Iglesia se encargó de la educación y la fundación de poblaciones que agruparan a las comunidades indígenas, lo que supuso la creación de orfelinatos como estrategia misionera para lograr estos dos propósitos.

Este artículo analiza las condiciones del desarrollo de esta institución en La Guajira entre los años de 1910 y 1930, particularmente con los orfelinatos de San Antonio y de Nazaret entre los indígenas wayúu, fundados por los padres capuchinos en 1910 y 1913, respectivamente (figura 1). Se parte de la premisa de que estos dos orfelinatos se articularon dentro de un proyecto misionero y civilizatorio que venía realizándose en La Guajira, el cual se había desarrollado bajo formas tradicionales de evangelización como las correrías apostólicas y las escuelas. Sin embargo, los orfelinatos no solo surgieron como una forma para escolarizar a los infantes indígenas, sino que también respondieron a realidades culturales de las mismas comunidades referidas a sus formas de producción económica, al modo de habitar el territorio y a los ciclos migratorios que desde la década de 1880 estaba ocasionando la trata de niños hacia Venezuela.<sup>4</sup> Los orfelinatos en esta región aparecieron como una forma de detener la venta de niños que realizaban sus propios padres a los comerciantes del país vecino.

---

Ver Jane Rausch, *La frontera de los llanos en la historia de Colombia (1830-1930)* (Bogotá: Banco de la República / El Ancora Editores, 1999), 132-139; Margarita Serje, “El mito de la ausencia del Estado: la incorporación económica de las ‘zonas de frontera’ en Colombia”, *Cahiers des Amériques latines* 71 (2013): 106; Margarita Serje, *El revés de la Nación. Territorios Salvajes, fronteras y tierras de nadie* (Bogotá: Universidad de los Andes, 2005), 4-5.

4 Testimonios sobre la trata de guajiros dirigidos hacia Venezuela en el tiempo republicano surgieron a finales del siglo XIX cuando funcionarios, militares, contrabandistas y hacendados del Zulia se lucraron de la esclavitud de niños y jóvenes para llevarlos a trabajos forzados a las haciendas de su propiedad. Este comercio se daba en el poblado de Sinamaica, en La Guajira venezolana, en donde era permitido por las autoridades locales. Los raptos de personas se daban entre miembros de los clanes más pobres o de aquellas familias que tuvieran poco poder de reacción; ver José T. Polo, *Indígenas, poderes y mediaciones en La Guajira en la transición de la Colonia a la República (1750-1850)* (Bogotá: Universidad de los Andes, 2012), 112; Fredy González, *Los esclavos wayúu de las haciendas del Zulia* (Rionegro: Gobernación de La Guajira, 2009), 9; Alberto Rivera, “La metáfora de la carne sobre los wayúu en la península de La Guajira”, *Revista Colombiana de Antropología* 28 (1990-1991): 102.

**Figura 1.** Ubicación de los orfelinatos de La Guajira.

Fuente: mapa elaborado por Natalia Gómez, geógrafa, con base en Amada Carolina Pérez Benavides, *Nosotros y los otros. Las representaciones de la nación y sus habitantes Colombia, 1880-1910* (Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana / Opera Prima, 2015), 238; Juan F. Córdoba, *En tierras paganas: misiones católicas en Urabá y en La Guajira, Colombia, 1892-1952* (Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2015), 119.

En términos historiográficos, este trabajo se ubica dentro de una “nueva historia de las misiones religiosas”, campo abierto desde la década de 1990 con el texto editado por R. Jackson y E. Langer sobre las misiones católicas en el tiempo del

Imperio español y la era republicana en espacios como La Guajira, Alta California, Paraguay, Bolivia y México.<sup>5</sup> La intención de este trabajo fue mirar las misiones desde la perspectiva indígena, poco advertida en anteriores investigaciones. Además, las misiones fueron estudiadas desde una perspectiva interdisciplinaria que combinaba los aportes de la geografía, demografía, etnohistoria, economía y política.<sup>6</sup> Siguiendo este enfoque, para el caso colombiano son relevantes los trabajos de Cabrera, Córdoba, Daza, Gálvez, Gómez, Kuan, Mongua, Pérez y Rozo.<sup>7</sup> Estas investigaciones se ubican en el tiempo republicano cuando se retoman las misiones virreinales con el fin de establecer un dominio territorial y de los indígenas por parte del Estado colombiano.

De los autores colombianos antes referidos, resaltan Cabrera, Córdoba, Daza y Kuan, pues han estudiado la experiencia del orfelinato indígena en regiones como Vaupés, Urabá, Putumayo y La Guajira, mostrando la asociación del Estado y la Iglesia en establecer estos centros educativos con el fin de atraer y controlar a los indígenas dispersos en su territorio ancestral. Además, como bien observa Cabrera, había un interés especial de estas instituciones por el “cambio cultural

5 Erick Langer, *Expecting Pears from an Elm Tree: Franciscan Missions on the Chiriguano Frontier in the Heart of South America, 1830-1949* (Durham - Londres: Duke University Press, 2009).

6 Para una mirada amplia de la historiografía sobre las misiones en América Latina y Colombia, ver Misael Kuan, “Indígenas y misioneros: historiografía de las misiones religiosas en Colombia en el periodo republicano”, en *Historias del hecho religioso en Colombia*, editado por Jorge Salcedo y José David Cortés (Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2021).

7 Gabriel Cabrera Becerra, *Los poderes en la frontera. Misiones católicas y protestantes, y estados en el Vaupés colombo-brasileño, 1923-1989* (Medellín: Universidad Nacional de Colombia, 2015); Juan F. Córdoba, *En tierras paganas: misiones católicas en Urabá y en La Guajira, Colombia, 1892-1952* (Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2015); Vladimir Daza, *Los Guajiros: “Hijos de Dios y de la Constitución”* (Riohacha: Fondo Mixto para la Promoción de la Cultura y de las Artes de La Guajira, 2005); Aída Gálvez, *Por obligación de conciencia: los misioneros del Carmen Descalzo en Urabá, 1918-1941* (Bogotá: ICANH / Universidad de Antioquia / Universidad del Rosario, 2006); Augusto Gómez, *Putumayo, indios, misión, colonos y conflictos, 1845-1970* (Popayán: Universidad del Cauca, 2010); Misael Kuan, *Civilización, frontera y barbarie. Misiones capuchinas en Caquetá y Putumayo, 1893-1929* (Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2016); Misael Kuan, “Nuevas estrategias misioneras en Putumayo: la fundación de Puerto Asís y el orfelinato indígena (1912-1920)”, *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras* 25, n.º 2 (2020); Misael Kuan, “Cotidianidad y ritual en el orfelinato de San Antonio en La Guajira, 1933-1935”, en *Etnohistoria: miradas conectadas y renovadas*, compilado por Mercedes Prieto y Carlos Briceño (Quito: FLACSO Ecuador / Abya Yala, 2021); Camilo Mongua Calderón, *Los rostros de un estado delegado. Religiosos, indígenas y comerciantes en el Putumayo, 1845-1904* (Bogotá - Quito: Universidad del Rosario / FLACSO Ecuador, 2022); Amada Pérez, *Nosotros y los otros. Las representaciones de la nación y sus habitantes Colombia, 1880-1910* (Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana / Opera Prima, 2015); Esteban Rozo, “Remaking Indigenity: Conversion and Colonization in Northwest Amazonia” (tesis de doctorado, Universidad de Michigan, 2013).

indígena” mediante la modificación de elementos de su vida cotidiana. Tal cambio se lograba mediante una variedad de dispositivos como la catequesis, la separación de niños de sus casas familiares, la prohibición del empleo de la lengua propia y la obligación de usar la lengua nacional, la disciplina, la modificación de la apariencia, los castigos físicos, el trabajo obligatorio, la formación técnica, la imposición de la monogamia, el despojo o la destrucción de objetos de valor simbólico, la prohibición de rituales, curaciones o el consumo de bebidas embriagantes, el control del tiempo libre a través de los paseos, de los nuevos juegos, el deporte y la gimnasia.<sup>8</sup>

En términos metodológicos, este artículo entiende el orfelinato dentro de la misión religiosa. En particular, hay una aproximación desde la historia cultural que permite entender las distintas negociaciones que se dieron en el espacio misionero y en los orfelinatos. Llama la atención de esta perspectiva el pensar tanto la agencia de los individuos y grupos sociales como las distintas significaciones culturales que se convierten en mecanismos de poder.<sup>9</sup> Algunos autores se han aproximado en este sentido a la misión como “cultura reduccional”, “interacción cultural” y “cultura de misión”.<sup>10</sup> Córdoba, ampliando la noción del espacio misional, lo describe como un lugar de intercambio cultural en donde se realiza un intercambio de saberes y conocimientos.<sup>11</sup>

El artículo tiene cuatro partes. En primer lugar, se presentan las estrategias iniciales de control sobre las poblaciones indígenas por parte de los misioneros: la organización de pueblos indígenas, las correrías apostólicas y el arreglo de conflictos entre clanes wayúu. Estas estrategias se mostraron insuficientes, por lo que, en un segundo momento, se expone la estrategia educativa dirigida a los infantes, particularmente, con escuelas y la organización de los primeros orfelinatos. La tercera parte presenta aspectos referidos a la organización y la ubicación propia de los orfelinatos de San Antonio y de Nazaret. La ubicación reunió dos aspectos que permitió recoger un buen número de niños, sobre todo en tiempos de largos

<sup>8</sup> Cabrera, *Los poderes en la frontera*, 371.

<sup>9</sup> Max S. Hering Torres y Amada Carolina Pérez Benavides, “Apuntes introductorios para una historia cultural desde Colombia”, en *Historia Cultural desde Colombia: Categorías y debates* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia / Pontificia Universidad Javeriana / Universidad de los Andes, 2012), 22-23.

<sup>10</sup> David Block, *La cultura reduccional de los Llanos de Mojos: tradición autóctona, empresa jesuítica y política civil, 1660-1880* (Sucre: Historia boliviana, 1997); Fernando Cervantes, “¿Cristianismo o sincretismo?: una interpretación de la conquista espiritual en la América española”, en *Religiosidad e historiografía*, editado por Hans-Jurgen Prien (Madrid: Iberoamericana, 1998), 21-32; Langer, *Expecting Pears from on Elm Tree*.

<sup>11</sup> Córdoba, *En tierras paganas*, 250.

veranos: una capacidad permanente de agua con acueductos propios y la cercanía a las rancherías de clanes poderosos. Finalmente, el examen de los orfelinatos en la región Guajira se sitúa en la perspectiva del capitalismo internacional desde el fenómeno de la trata de niños hacia el país vecino. Este aspecto es original en el artículo pues permite concluir que la empresa misionera y los orfelinatos guajiros se ubicaron más allá de objetivos de adoctrinamiento religioso y de modificación de la cultura indígena, pero que también se insertaron en las dinámicas del control y la formación de mano de obra indígena.

Para reconocer las distintas voces en los orfelinatos indígenas, el artículo se vale de fuentes civiles y eclesiásticas. Ambas fuentes ofrecen los informes que funcionarios civiles y religiosos ofrecían al gobierno sobre la situación indígena en La Guajira. Además, brindan un acervo importante de información al presentar testimonios directos de indígenas y los misioneros. El artículo profundiza, especialmente, en las fuentes eclesiásticas que se encuentran dispersas en archivos de Bogotá, Valencia, Roma y Ciudad del Vaticano, y en revistas editadas por los misioneros capuchinos en Valencia, Roma y San Antonio.

## Civilización y evangelización en La Guajira

Uno de los objetivos del Convenio de Misiones de 1902 era la “civilización” de indígenas a partir de reducciones.<sup>12</sup> En La Guajira, las autoridades eclesiásticas y civiles interpretaron este objetivo como el control de los grupos indígenas dispersos en la península. Sin embargo, la aplicación de este propósito fue difícil en el caso de la comunidad wayúu, la cual históricamente había sido reticente a ser reducida en poblaciones. Además, los capuchinos en La Guajira tenían la sensación del fracaso de las formas de evangelización tradicionales ejecutadas en la región como las correrías apostólicas. Esto lo vemos, sobre todo, en la última década del siglo XIX, según el fraile Estanislao de Reus:

[...] como el misionero, después de bautizar, tardaba en visitar aquellas rancherías, y cuando volvía por aquellos parajes, donde antes había encontrado un pueblecito, ya no había nada, porque los indios habían trasladado su residencia a otra parte, donde tenían pasto y agua para sus ganados, resultaba que los

<sup>12</sup> Ministerio de Relaciones Exteriores, “Convenio con la Santa Sede sobre misiones encargadas de la evangelización y reducción de tribus salvajes”, 57.

indios bautizados ya no se sabía quiénes eran, ni cómo se llamaban; y como estos practicaban la vida salvaje, no se notaba ningún adelantamiento en la vida cristiana y en la civilización; así, pues, dábase el caso de haber algunos miles de guajiros bautizados, y seguían tan salvajes como si no se hubieran bautizado.<sup>13</sup>

Esta observación de fray Eugenio señalaba un aspecto que desde las misiones virreinales fue problemático en la evangelización de los guajiros: su constante cambio de residencia, siempre en búsqueda de mejores pastos para sus ganados. Esto, unido a la gran extensión del territorio peninsular, los hacía incontrolables. Ahora bien, con la creación del Vicariato Apostólico de La Guajira en 1904 se planteó, en unión con las autoridades regionales, la organización de poblados en puntos estratégicos en donde hubiera una gran concentración de rancherías guajiras y se diera una oferta suficiente de agua para sus ganados.

De esta manera, por Decreto número 5 del 15 de febrero de 1912, el comisario de la Guajira, general Francisco Pichón, dividía a La Guajira en varios corregimientos:<sup>14</sup> Castilletes, Laguna de Tucacas, San Antonio, Soldado, El Pájaro, Carraipía, Taroa, Puerto Estrella, Bahía Honda, Tucuracas, Cabo de la Vela y Carazúa. Con esta medida se tenía la intención de que hubiese “presencia de autoridades en los puntos más frecuentados por los indios”.<sup>15</sup> A estas autoridades se sumaba un misionero, el cual atendería una capilla y, a veces, una escuela. Uno de los puntos que suponía la necesidad de establecer un corregimiento era San Antonio en las riberas del río Calancala, justamente en donde se encontraba un crecido número

13 Eugenio de Valencia, *Historia de la misión Guajira, Sierra Nevada y Motilones. Colombia (América): 1868-1924* (Valencia: Antonio López, 1924), 113.

14 El general Pichón venía desempeñándose como intendente de La Guajira desde 1908. Pichón era conocedor de las dinámicas indígenas, pues había sido testigo de la guerra entre los clanes más poderosos de La Guajira: los Ipuana, Epinayú y Arpushuana al mando de los caporales Pashuata, Tupa y José Dolores González, respectivamente. Ver Francisco Pichón, “Informe del comisionado sobre La Goajira dirigido al ministro de gobierno”, Riohacha, 1 de noviembre de 1907, Archivo General de la Nación (AGN), Bogotá, Sección Repùblica (SR), Fondo Ministerio de Gobierno, Sección 1, tomo 595, folio 51.

15 Esta necesidad del general Pichón de civilizar el territorio guajiro a partir de la división en corregimientos también iba a un plano de cambiar los nombres indígenas de los poblados, incluso aquellos nombrados por los españoles en el siglo XVIII que, seguramente, Pichón pensaba que eran wayúu. Así, según el Decreto número 60 del 11 de noviembre de 1912, estos caseríos debían tomar los nombres de descubridores y colonizadores que no persiguieron a sangre y fuego a los indígenas: Alonso de Ojeda, Alfínger, Federmán, Luis Alonso de Lugo. De esta manera, el caserío “Laguna de Tucacas” se llamaría, “Lugonia”; “Bahía Honda” sería “Puerto Bolívar”; “Carrizal” se nombraría como “Federmania”; “El Pájaro” pasaría a ser “Puerto Alfínger”; y “Guaraguaro”, “Ojeda”. Daza, *Los Guajiros*, 68-69.

de indígenas.<sup>16</sup> Además, este era un punto de entrada de contrabando a Riohacha que era desembarcado a muy poca distancia en El Pájaro. El corregimiento de San Antonio, como veremos más adelante, concentró un poblado y un orfelinato.

Otra estrategia de control, sumada a la organización de corregimientos y la presencia de funcionarios civiles y eclesiales, fueron las correrías apostólicas, las cuales eran visitas frecuentes de estos funcionarios a las distintas rancherías. Así, el año anterior a la expedición del Decreto 5 de 1912 se dio una correría hacia el extremo oriental de La Guajira, en la Laguna de Tucacas y Castilletes, cerca de la frontera con Venezuela. Para ese momento, había mucha preocupación en torno a estos dos poblados, pues una fuerte sequía a causa de un intenso verano estaba despoblando el territorio. El jefe de la casa-misión de Tucacas, fray Domingo de Riohacha, informaba que lo más grave de esta situación era que muchas familias con extrema hambruna zarpaban de Castilletes en pequeños barcos en dirección a Maracaibo, en donde vendían en la plaza principal a los miembros más jóvenes.<sup>17</sup>

La comisión de visita estaba integrada por monseñor Atanasio, fray Bernardo de Torrijas y un grupo de guías guajiros. La excursión se dio por tierra con el fin de visitar las distintas rancherías en donde había una casa-misión liderada por un misionero capuchino. El recorrido empezó en San Antonio y siguió hacia el norte bordeando el litoral. En este trayecto visitaron las rancherías de Poporo y Casiare –en donde residía el misionero Salvador de Pinarejo– y las salinas de Bolombolo. En este punto viraron hacia el oriente para adentrarse en la llanura guajira y visitaron la ranchería de Tucuracas –más tarde corregimiento– de la casta Epinayú, liderada por la cacique Laura Bonivento, quien era cercana de los misioneros. Luego continuaron el recorrido bordeando el Cerro de la Teta para llegar finalmente a la Laguna de Tucacas.

Antes de finalizar el recorrido, visitaron la ranchería de Curigirapa dirigida por su caporal, el general Luis Fernández. Este indígena era el jefe de la casta Jararayú y contaba con nexos importantes con el presidente de Venezuela José Vicente Gómez. Fernández había visitado al presidente del vecino país justamente en la celebración de los cien años de la Independencia cuando se invitaron muchos

16 Daza, *Los Guajiros*, 67.

17 Bernardo de Torrijas, “Expedición a la Laguna de Tucacas”, *Ecos de la Misión* (San Antonio), nº XX, 30 de mayo de 1912, 115-117.

caciques guajiros.<sup>18</sup> El presidente Gómez le había encargado al caporal Fernández el mando y la vigilancia de la costa desde Castilletes hasta la punta del Cerro de la Teta. Señalaba fray Bernardo de Torrijas –autor de la crónica– que uno de los fines de visitarlo era que Fernández, como jefe de un importante clan, mediara en los conflictos que se estaban dando entre los clanes poderosos de los Arpushuana y Epinayú.<sup>19</sup> El regreso a Riohacha se arregló con la caporal de la ranchería de Guaguárima, Adriana y su esposo Arancice, quienes les acompañaron en un primer tramo hasta la ranchería de Joroy.<sup>20</sup>

La búsqueda de arreglar las querellas entre familias y clanes era una manera de calmar los ánimos para una convivencia pacífica. Por esa razón, los misioneros establecían contactos de amistad con los caporales de las distintas rancherías y clanes indígenas.<sup>21</sup> La cuestión en entredicho era la manera como los wayúu afrontaban los conflictos, en los que frecuentemente se daba venganza asesinando a miembros de los clanes rivales. Fray Eugenio de Valencia decía sobre este aspecto que era necesario desaparecer esta práctica y que la mejor manera de ello era a través de los orfelinatos.<sup>22</sup>

El presbítero José Piqueras narra que los conflictos entre clanes eran una constante en el territorio guajiro.<sup>23</sup> Estas desavenencias se venían presentando desde el periodo virreinal y los factores que producían estas formas de violencia eran similares: las disputas alrededor del comercio de perlas entre indígenas y *alijunas* (los no indígenas) comerciantes, las peleas por tierras y las fuentes de agua

18 De Luis Fernández decía fray Eugenio de Valencia en sus crónicas de la misión capuchina que era un poderoso cacique, amigo y protector de los misioneros; ver Valencia, *Historia de la misión guajira*, 81.

19 Bernardo de Torrijas, “Expedición a la Laguna de Tucacas (continuación)”, *Ecos de la Misión* (San Antonio), nº XXI, 30 de junio de 1912, 122-4; Bernardo de Torrijas, “Expedición a la Laguna de Tucacas (continuación)”, *Ecos de la Misión* (San Antonio), n.º XXIV, 10 de agosto de 1912, 150-151; Bernardo de Torrijas, “Expedición a la Laguna de Tucacas (continuación)”, *Ecos de la Misión* (San Antonio), n.º XXXI, 20 de noviembre de 1912, 207-208.

20 de Torrijas, “Expedición a la Laguna de Tucacas (continuación)”, 20 de noviembre de 1912, 208.

21 Señala Vladimir Daza que los capuchinos utilizaban la estrategia de “indios amigos” para penetrar en la comunidad wayúu, la cual era propia del periodo virreinal y había sido usada con éxito en fronteras más indómitas para los españoles. Daza refiere el caso de la alianza del capitán Martínez de Hurdaide con los indios Mayo en 1609 que movilizó a cuarenta hispanos y a cuatro mil indígenas en la guerra de Pacificación contra los yaquis. Daza, *Los Guajiros*, 72.

22 Valencia, *Historia de la misión guajira*, 72.

23 José Piqueras, “La paz en La Goajira”, *Ecos de la Misión* (San Antonio), n.º XXIV, 10 de agosto de 1912, 145-148.

para el pastoreo, y el robo de animales.<sup>24</sup> Piqueras relata que uno de los mayores conflictos acaecidos a principios del siglo XX se dio entre dos clanes rivales: los Arpushuana y los Epinayú. Esta disputa supuso alianzas con otros clanes, lo que llevó a una guerra de grandes proporciones en muertes e indígenas involucrados.

Se retiene hasta este punto que en La Guajira no se puede hablar propiamente de una reorganización de los pueblos indígenas, pues estos vivían en numerosas rancherías, cada una conformada por algunos miembros de un clan. Estos grupos, además, estaban diseminados a lo largo de la geografía guajira. Una manera de acercarse a ellos, por parte de las autoridades civiles y religiosas, era tratando de entablar relaciones de amistad con los líderes de cada ranchería o clan, pues era muy difícil agruparlos en un pueblo.

La organización de escuelas y, posteriormente, de orfelinatos aparecía en este contexto como una manera de “civilizar” a una nueva generación de indígenas libre de las costumbres de sus ancestros, los cuales se enfascaban fácilmente en conflictos violentos.<sup>25</sup> Este propósito suponía inculcarles a vivir en pueblos en donde podían ser fácilmente controlados por las autoridades civiles y eclesiásticas.

## Escuelas y orfelinatos indígenas

Los primeros esfuerzos por la evangelización de los niños se dieron a través de la organización de escuelas. Sin embargo, en el Vicariato Apostólico de La Guajira, las escuelas se fundaron, especialmente, en poblaciones que no eran indígenas. Las primeras escuelas se remontan a finales de la década de 1880 en Riohacha y Guachamachal. Este último poblado había sido el primer centro misional para indígenas guajiros cuando emprendieron su trabajo los capuchinos en la región por esta época. Guachamachal fue un importante pueblo al que concurrían indígenas

24 Daza, *Los Guajiros*, 84.

25 Este proyecto iba en consonancia con los trabajos de la Iglesia en otras regiones del país en la década de 1910. Particularmente, en Putumayo la fundación de la colonia de Puerto Asís y el establecimiento del orfelinato indígena, por parte de los capuchinos, tuvieron como propósitos la evangelización de niños sionas y cofanes, y el control sobre sus familias, las cuales vivían dispersas en la ribera del río Putumayo trabajando en la extracción de caucho. Kuan, “Nuevas estrategias misioneras en Putumayo”, 35-40.

de distintas rancherías y que tenía como caporala a la Nicha, quien respaldó el proyecto de la escuela y de una capilla.<sup>26</sup>

La escuela de Riohacha tuvo un carácter más institucional y permanente que la de Guachamachal. Este fue un experimento educativo que intentaba atraer a los niños indígenas de familias que visitaban a Riohacha por motivos comerciales. Sin embargo, la poca permanencia de estas familias en la ciudad supuso que el funcionamiento de la escuela contara con un número irregular de estudiantes.

Un informe de los misioneros de 1891 explicaba la fundación de nuevas escuelas ubicadas en Barranquilla, Sierrita, Atánquez, Guachamachal, Goarero y San Francisco (Sierra Nevada). Las tres primeras escuelas se hallaban “entre civilizados, y las tres restantes entre indígenas”. Sin embargo, las escuelas indígenas “puede decirse que no existen, siendo necesario para instruirles ir a buscarlos al monte de donde ordinario habitan”. Acusaba el informe del fracaso de estas escuelas al carácter “errante” de los arhuacos de San Francisco y los wayúu de Guachamachal y Goarero.<sup>27</sup>

Para 1903, después de la Guerra de los Mil Días, hubo un aumento creciente de las escuelas a diez establecimientos y 740 alumnos; los colegios eran cinco con 291 estudiantes.<sup>28</sup> Los informes entregados al gobierno, por parte de los misioneros, indicaban que, tras la fundación del vicariato, para el año de 1908, se multiplicaron las escuelas al número de 32, con 1.270 estudiantes, y los colegios aumentaron a cuatro establecimientos integrados por 300 alumnos. La mayoría de escuelas estaban en poblaciones “civilizadas” como las parroquias de Chiriguaná, Chimichagua, Saloa, Sempegua, Valledupar, Valencia de Jesús, La Paz, Tupes, Badiollo, San Juan del Cesar, Barrancas, Fonseca, Villanueva, Molino, Uramita, Riohacha, Camarones y Toma-Razón.<sup>29</sup> A pesar de que las instrucciones del nuevo Vicariato de La Guajira eran manejar la educación entre las poblaciones indígenas –afianzado con el Decreto ejecutivo número 34 de 1905 que confería a los Jefes de los

<sup>26</sup> José de Valdeviejas, “Carta del padre Valdeviejas al padre provincial”, Riohacha, 29 de abril de 1888, Archivo Provincial de los Capuchinos de Valencia en España (APCV), Valencia, Colección de documentos referentes a la misión de la Goajira, signatura (s.) 800/2.

<sup>27</sup> Estanislao de Reus, “Missio Goajira y Sierra Nevada”, *Analecta*, vol. X (Roma), octubre de 1894, 305.

<sup>28</sup> Frailes menores capuchinos, “Statistica Generalis Missionum Ordini Fratrum Minorum Capuccinorum, Anni 1903”, *Analecta*, vol. XX, marzo de 1904, 80-81.

<sup>29</sup> Atanasio Soler y Royo, “Informe del prefecto de La Guajira”, Riohacha, 1917, Archivio Sacra Congregazione Propaganda Fide (ASCPF), Ciudad del Vaticano, Fondo La Nueva Serie (1893-1938), volumen 612, f. 251r.

Territorios de Misiones el manejo de la educación—<sup>30</sup> no hay mayores indicaciones de la existencia de escuelas en La Guajira entre los wayúu. Todo indica que continuaron las dificultades de establecer una escuela permanente ante la movilidad de los pobladores de la región con sus ganados en búsqueda de agua, sobre todo en tiempos de verano.

En la configuración de los primeros orfelinatos se debe tener en cuenta que, bajo la distinción entre indígenas “civilizados” e indígenas “salvajes”, era posible para estos últimos un régimen distinto que los civilizara. El Convenio de 1902 asociaba reducir con “tornar en centros poblados y productores” a estos últimos indígenas.<sup>31</sup> El gran problema de este objetivo era la dificultad de asentar estos poblados, por parte de los misioneros, ante poblaciones con dinámicas de permanente movilidad. Con ello venía la dificultad de establecer escuelas.

De esta manera, las autoridades misioneras de La Guajira se valieron de la legislación nacional sobre educación en los territorios de misión para crear los orfelinatos, que eran, básicamente, escuelas con régimen de internado. Sin embargo, la figura del orfelinato no estaba presente en esta legislación, por lo que se le propuso en 1909 a las autoridades eclesiásticas y civiles en Bogotá.<sup>32</sup> Mientras se daba su aprobación, tres orfelinatos se fundaron de forma experimental en La Guajira ese mismo año: los de San Antonio, el Pájaro y Tucacas; este último se encontraba justo en la frontera con Venezuela. No son claras las razones por las cuales se cerraron los orfelinatos del Pájaro y Tucacas tiempo después. Señalaba fray Segismundo Real de Gandía que estos dos orfelinatos apenas sumaban diez estudiantes, lo cual podría tomar como motivo para entender su cierre, pues su reducida población estudiantil no justificaba el esfuerzo económico y el envío de misioneros. Otro motivo podría leerse en las palabras de fray Segismundo, para el caso de Tucacas: “goza de buen clima, pero carece de agua que hay que buscarla a una gran distancia”.<sup>33</sup> Tal cuestión fue una dificultad constante en La Guajira, la cual carece de fuentes permanentes de agua.

<sup>30</sup> Junta Arquidiocesana Nacional de las Misiones en Colombia, “Informes sobre las misiones del Caquetá, Putumayo, Goajira, Casanare, Meta, Vichada, Vaupés y Arauca” (Bogotá: Imprenta Nacional, 1917), 150.

<sup>31</sup> Ministerio de Relaciones Exteriores, “Convenio entre la Santa Sede y el Gobierno de Colombia”, 57.

<sup>32</sup> Misioneros capuchinos, “Crónica sobre la fundación del Orfelinato de Nazaret 1913.”, Nazaret, sin fecha, APCV, signatura 807, Vicariato Apostólico de La Guajira, 8072, Relaciones, ff. 1-3.

<sup>33</sup> Segismundo Real de Gandía, “Notas guajiras, Los orfelinatos en La Guajira”, *Ecos de la Misión* (San Antonio), n.º XXX, 10 de noviembre de 1912, 197.

San Antonio no tenía este problema, pues estaba ubicado en la ribera oriental del río Calancala. Este orfelinato, fundado a mediados de 1910, empezó con diez estudiantes: tres niños y siete niñas.<sup>34</sup> Tres años después la cifra era de 70: 34 niños y 36 niñas.<sup>35</sup> Según Daza, este primer orfelinato fue abierto de manera experimental para ver cómo funcionaba o si se regresaría, como decían los mismos misioneros, a las “inútiles excursiones” por toda la península. En este sentido, el orfelinato debía agrupar los hijos de las familias indígenas de las rancherías de la Baja Guajira, particularmente las de Guachamachal, El Pájaro, Carazúa, Murumana, Garrapatamana, Charapilla, Popoya, Catirurince y Tupocol. Estas poblaciones eran habitadas por uno de los clanes más numerosos y poderosos de los wayúu, el de los Ipuana. Muchos niños de este clan eran enviados voluntariamente al orfelinato de San Antonio en estos años como lo indican crónicas del orfelinato de la década de 1930.<sup>36</sup>

En principio, el sostenimiento del orfelinato de San Antonio se dio a través de fondos de los misioneros. El general Pichón, comisario de La Guajira de la época, a sabiendas de la escasez de los recursos, solicitó al Ministerio de Gobierno una petición de 100 pesos oro mensuales para ser entregados al orfelinato y de esta manera poder sostener un número de por lo menos 25 internos. Además, solicitaba la fundación de otro orfelinato.<sup>37</sup> Ante esta petición, el gobierno central promulgó la Ley 32 de 1912 que, finalmente, reglamentó el desembolso de 3.000 pesos para la construcción de los edificios de los orfelinatos de San Antonio, la Alta Guajira y la Sierra Nevada. Recibieron además 200 pesos mensuales para cada uno de los orfelinatos y 50 pesos de sueldo mensual para sus directores.<sup>38</sup>

En 1913 se fundó el orfelinato de la Sagrada Familia de Nazaret en la serranía de Macuirá, hoy municipio de Uribia, a 20 kilómetros de Puerto Estrella. Este orfelinato debía atender la Alta Guajira y, por estar cerca de los límites fronterizos con Venezuela, tenía el objetivo de frenar la venta de niños wayúu a comerciantes del

<sup>34</sup> Misioneros capuchinos, “Crónicas orfelinato de San Antonio 1910-1927”, San Antonio, sin fecha, Archivo Histórico de la Orden de los Hermanos Menores Capuchinos en Bogotá (AHCB), Bogotá, Fondo Guajira, Sierra Nevada y Motilones, f. 5.

<sup>35</sup> Andrés de Benisa, “Instrucción Pública”, *Ecos de la Misión* (San Antonio), n.º XLVI, 15 de octubre de 1913, 346.

<sup>36</sup> Daza, *Los Guajiros*, 36; Misioneros capuchinos, “Orfelinato de San Antonio. Apuntes para las crónicas, años 1933-1950”, San Antonio, sin fecha, AHCB, Fondo Guajira, Sierra Nevada y Motilones, ff. 57 y 85.

<sup>37</sup> de Gandía, “Notas guajiras, Los orfelinatos en La Guajira”, 10 de noviembre de 1912, 197.

<sup>38</sup> Congreso de la República de Colombia, “Leyes expedidas por el Congreso Nacional en su legislatura de 1912” (Bogotá: Imprenta Nacional, 1938), 45-46.

país vecino por parte de sus propios padres.<sup>39</sup> Sobre este orfelinato empezaron a aparecer crónicas acerca del rescate de niños que eran salvados y llevados a Nazaret. Una crónica sobre la fundación de este establecimiento inicia con la narración de una expedición de misioneros a la ranchería de Chinare a rescatar a una niña que había sido arrebatada a sus tíos a causa de una deuda de su madre: “El reverendo padre Antonio [de Valencia] cubrió esa deuda y trajo la niña al orfelinato (esa niña es en la actualidad una de las que forman los hogares cristianos del nuevo pueblo de Nazaret y tiene cuatro hijitos de la nueva generación)”.<sup>40</sup> Otra práctica de los misioneros era recibir niños llevados por sus padres a cambio de comida sobre todo en tiempo de sequía y de hambrunas. Refiere el cronista que eran traídos los niños más pequeños, entre los dos y quince años. Los mayores eran conducidos por sus padres a Castilletes en la frontera con Venezuela para ser vendidos.<sup>41</sup>

El tercer orfelinato era el de la Sierrita, llamado del Carmen, en la Sierra Nevada. No contaba con el mismo número de estudiantes de los de La Guajira. Al parecer “los indios arhuacos se oponen tenazmente a que sus hijas e hijos se eduquen, influenciados por la predicación constante de sus *mamas*, quienes les dicen que deben ahorrar a sus hijos antes que permitir su educación”. No obstante la predicación de las autoridades arhuacas, hacia 1916 el orfelinato contaba con 43 infantes.<sup>42</sup>

La insistencia por parte de los misioneros y del mismo comisario Pichón ante el gobierno central posibilitaron nuevos rubros para los orfelinatos guajiros. Leyes de los años de 1914 y de 1915 garantizaron su sostenimiento facilitando financiación para detener la trata de niños que eran llevados a Venezuela. En particular, la ley 64 de 1914 destinaba la suma de 2.000 pesos anuales para la “redención de niñas educadas en los orfelinatos de la Goajira”.<sup>43</sup> Este punto es explicado por el senador Manuel Dávila, quien había sido encargado de realizar el informe sobre la futura Ley 64. Con el objeto de impedir que las niñas fueran reclamadas por sus tíos paternos a la edad de catorce o quince años y ser vendidas, se daría, “por ejemplo, como es lo común, al tío o al pariente respectivo dos reses

<sup>39</sup> Domingo María de Riohacha, “El orfelinato de Nazaret”, *Ecos de la Misión* (San Antonio), n.º LXVII, 30 de marzo de 1915, 500-505.

<sup>40</sup> Misioneros capuchinos, “Crónica sobre la fundación del orfelinato de Nazaret 1913-”, f. 5.

<sup>41</sup> Misioneros capuchinos, “Crónica sobre la fundación del orfelinato de Nazaret 1913-”, ff. 18-19.

<sup>42</sup> Junta Arquidiocesana Nacional de las Misiones en Colombia, “Informes sobre las misiones”, 143. Énfasis en el original.

<sup>43</sup> Congreso de la República de Colombia, “Leyes expedidas por el Congreso Nacional en su legislatura del año de 1914. Sesiones extraordinarias y ordinarias” (Bogotá: Imprenta Nacional, 1915), 139.

o la suma equivalente en dinero, lo que permitiría casar prudentemente luego a las redimidas con cristianos o con indios cristianizados”.<sup>44</sup> La Ley 46 de 1915 tenía un rubro específico de 10.000 pesos destinado a “impedir la trata de indígenas en la Goajira”.<sup>45</sup> Esta suma era considerable, pues con esta se podría sostener por dos años los orfelinatos femenino y masculino de Nazaret.

## Los orfelinatos de Nazaret y de San Antonio

La ubicación de los dos orfelinatos guajiros se pensó como el epicentro de poblados que permitieran los matrimonios entre indígenas supervisados por la Iglesia. Como ya se ha expuesto, los dos orfelinatos se ubicaron en medio de rancherías de clanes wayúu poderosos, la mayoría de ellos amigos de los misioneros. Otro elemento importante era la facilidad de acceso a fuentes de agua y, por lo tanto, espaciospreciadosen tiempode verano. San Antonio fue construido en la ribera del río Calancala. Nazaret se ubicaba en la serranía de la Macuira, un lugar no solo sagrado para el pueblo wayúu, sino con fuentes permanentes de agua. Fuera de eso, se construyeron acueductos y pozos artesianos con financiación del gobierno central para solucionar la accesibilidad al agua en tiempos de verano.

En un principio, los capuchinos organizaron el orfelinato de Nazaret en una enramada construida por los lugareños, que tenía la capacidad para 30 niños.<sup>46</sup> En poco tiempo construyeron un espacio para niños y otro para niñas, directriz permanente en los distintos orfelinatos que indicaba un ordenamiento no solo espacial sino social y civilizatorio en donde hombres y mujeres tenían labores específicas.

Hacia 1923, este orfelinato contaba con un edificio de ladrillo capaz de albergar 160 niños, el cual se distribuía en dos residencias: una con la capacidad de alojar 100 niñas y otra para alojar a 60 varones. En medio de estos dos espacios se ubicaba una iglesia “con una elevada cúpula” (de 12 metros de alto), que sobresalía en el complejo de la edificación, pues tenía tres naves y estaba adornada por dentro con imágenes religiosas de la Sagrada Familia, el Corazón de Jesús y la Virgen del Rosario, además de altares y de un viacrucis. Alrededor de este edificio

<sup>44</sup> Manuel Dávila, “Informe sobre el proyecto de ley relativo a la reducción y civilización de los indios motilones, goajiros y arhuacos” (Bogotá: Imprenta Nacional, 1914), 21.

<sup>45</sup> Congreso de la República de Colombia, “Leyes expedidas por el Congreso Nacional en su legislatura del año de 1915” (Bogotá: Imprenta Nacional, 1915), 92.

<sup>46</sup> Córdoba, *En tierras paganas*, 199.

se situaban las casas de los matrimonios de los estudiantes que se casaban en el orfelinato, las cuales tenían dimensiones de 9 × 4,50 metros con división interior, tres puertas y cuatro ventanas.<sup>47</sup>

La sección de varones contaba con dormitorios, enfermería, comedor, sala de recreo, escuela, baños y la habitación de los misioneros. Se enfatizaba mucho en cuidar la higiene del lugar garantizando buena ventilación. La sección de niñas era más espaciosa que la destinada a los niños. Tenía salones destinados a la costura. Los dormitorios eran más amplios que el de los varones, así como comedor, refectorio, patios y jardines. En esta parte del edificio estaba la cocina, los lavaderos, la despensa y el alojamiento de las religiosas maestras. El orfelinato contaba con 15 hectáreas de terreno dedicado a la siembra de algodón, cereales y frutas. Además, se contaba con un espacio para la cría de aves de corral, bestias mulares y ganado vacuno, lanar, cabrío y cerdos.<sup>48</sup> Estas dimensiones son conservadoras para la época, pues en informes anteriores se decía que solo en Nazaret se contaba con 100 hectáreas de tierra cercadas y abiertas a los cultivos de algodón, maíz y frijol.<sup>49</sup>

Al igual que el orfelinato de Nazaret, el de San Antonio fue construido de forma provisional ante la escasez de fondos. En un inicio este consistía en un edificio de bahareque y de barro.

Medía el edificio 16 metros de largo por 6 de ancho, y se distribuyó este local en la forma siguiente: un comedor, dos dormitorios, uno para tres religiosas y otro para cinco o seis niñas [...] Construyóse, además, una capilla, y junto a ella una diminuta habitación para el padre y el hermano (capuchino).<sup>50</sup>

De forma similar que el orfelinato de Nazaret, más adelante, en el de San Antonio, se organizó un complejo de edificios con la iglesia como edificación central y a cada lado las residencias de niños y de niñas, además de un complejo de casas de los nuevos matrimonios y de un terreno de 50 hectáreas para la agricultura de algodón y para la cría de ganado mular, vacuno y ovino.<sup>51</sup>

<sup>47</sup> Misioneros capuchinos, “La misión de Nazaret en La Guajira colombiana”, *Florencias de San Francisco* XXIV, n.º 1, enero de 1923, 18-9; Junta Arquidiocesana Nacional de las Misiones en Colombia, *Las misiones católicas en Colombia*, 137.

<sup>48</sup> Misioneros capuchinos, “La misión de Nazaret en La Guajira colombiana”, 18-19.

<sup>49</sup> Junta Arquidiocesana Nacional de las Misiones en Colombia, *Las misiones católicas en Colombia*, 151-152.

<sup>50</sup> Valencia, *Historia de la misión guajira*, 175-176.

<sup>51</sup> Junta Arquidiocesana Nacional de las Misiones en Colombia, *Las misiones católicas en Colombia*, 151-152.

Desde la fundación del orfelinato en 1910, surgió inmediatamente la necesidad de contar con una fuente permanente de agua suficiente para los alojamientos y la granja. Así, los misioneros propusieron la construcción de pozos artesianos al gobierno nacional, los cuales, de ser edificados, se beneficiarían del agua subterránea.<sup>52</sup> Sin embargo, este proyecto quedó en el papel y lo que se hizo fue construir un pequeño acueducto que canalizaba las aguas del Calancala, proyecto en el que los mismos alumnos del orfelinato participaron como trabajadores.<sup>53</sup> Para 1931 se inauguró un acueducto con capacidad de almacenar y filtrar 800 toneladas de líquido potable.<sup>54</sup>

Los fuertes veranos fueron el factor que más incidió en los cambios de números de los orfelinatos en La Guajira. Al analizar las estadísticas de los orfelinatos en las dos primeras décadas de funcionamiento, se encuentra que hubo un relativo éxito, puesto que las cifras alcanzaron una media anual de 100 estudiantes en cada orfelinato (tabla 1). En la década de 1920, el número de alumnos subió hasta alcanzar una suma de 300 estudiantes en ambos orfelinatos. Esto se podría desprender del interés de los mismos guajiros por tener a sus hijos en el orfelinato para contener los efectos del hambre producto de las prolongadas temporadas de verano a lo largo de esta década. Una prueba de esta afirmación sería el largo verano de 1925, pues llevó a que, en el periodo escolar de 1926, el número de niños y de niñas matriculados en el orfelinato de Nazaret alcanzara la cifra de 202 –38 estudiantes más que el año anterior—<sup>55</sup> en el orfelinato de San Antonio hubo un aumento de 15 estudiantes con respecto al año anterior. En la década de 1930 ambos orfelinatos continuaron con la tendencia de más de 300 estudiantes.<sup>56</sup>

<sup>52</sup> Seguismundo del Real de Gandía, “Notas goajiras. Los pozos artesianos”, *Ecos de la Misión* (San Antonio), n.º XXIX, 20 de octubre de 1912, 186.

<sup>53</sup> Valencia, *Historia de la misión guajira*, 316.

<sup>54</sup> Francisco Pichón, “En el orfelinato San Antonio”, *Ecos de la Misión* (San Antonio), n.º CCXXXVI, 2 de octubre de 1931, 4.

<sup>55</sup> Ernesto Guhl, comp., *Indios y blancos en La Guajira. Estudio socio-económico* (Bogotá: Ediciones Tercer Mundo, 1963), 17.

<sup>56</sup> Milciades Chaves, “La Guajira: una región y una cultura de Colombia”, *Revista Colombiana de Antropología* 1 (1951): 136.

**Tabla 1.** Orfelinatos y alumnos en La Guajira entre 1910 y 1930.

Año	San Antonio			Nazaret			Niños y niñas totales de los orfelinatos
	Niños	Niñas	Total	Niños	Niñas	Total	
1910	3	7	10				10
1912	Sin datos	Sin datos	Sin datos	18	0	18	18
1913	34	36	70	33	0	33	103
1914	47	40	87	Sin datos	Sin datos	Sin datos	87
1915	52	40	92	34	60	94	186
1916	50	32	82	35	58	63	145
1917	45	29	74	26	56	82	156
1918	49	26	75	19	42	61	136
1919	52	29	81	51	61	112	193
1920	54	31	85	38	83	121	206
1921	58	46	104	46	55	101	205
1922	68	72	140	65	97	162	302
1923	80	90	170	40	100	140	310
1924	85	92	177	56	104	160	337
1925	54	56	110	60	104	164	274
1926	60	65	125	72	130	202	327
1927	80	70	150	50	124	174	324
1928	81	57	138	50	100	150	288
1929	100	72	172	52	120	172	344
1930	100	72	172	52	150	202	374

Fuente: elaboración propia con base en *Ecos de la Misión* (San Antonio), 15 de octubre de 1913, 346; n.º 73, 30 de junio de 1915, 552 y 553; n.º 67, 30 de marzo de 1915, 501-7; AGC, Fondo H Acta missionarum, 48 La Guajira, Serie 8 Estadística, 1926-1952; “Informes, indios educados en los cuatro orfelinatos de la Misión”, Riohacha, 26 de enero de 1934, APCV, signatura 807, Vicariato Apostólico de La Guajira, 8071.

Se observa otro fenómeno en el orfelinato de Nazaret: desde el inicio de la institución, el número de niñas fue superior al de niños. Esta observación tenía que ver con la cercanía de Nazaret con los centros de venta de niños y jóvenes de Tucacas y Castilletes, e indica la preferencia de estos mercados por los varones para ser empleados como obreros en las haciendas azucareras de Zulia. Sobre este mercado, el orfelinato podía hacer muy poco. Sin embargo, los capuchinos entraron en competencia con los mercaderes de niños comprando algunos de ellos. Argüían que el trato que se les daba en los orfelinatos era mejor que el que le daban “los crueles mercaderes”.<sup>57</sup> Sobre el número de niños comprados por los misioneros no hay suficientes testimonios en las fuentes de la época. En cambio, un número mayor de niñas que de niños eran entregados por sus padres al orfelinato para asegurar su alimentación y vivienda; las niñas eran retenidas en el orfelinato y, posteriormente, eran reclamadas por sus padres.<sup>58</sup>

Sobre este último punto afirmaba el comisario especial de La Guajira, Erasmo del Valle, que en la década de 1920 se había acrecentado la marcha de guajiros a Venezuela. Explicaba del Valle que en este periodo se había intensificado el verano, particularmente en los años 1924 a 1926, lo que supuso la mortandad de miles de cabezas de ganado vacuno de la península. Asociada a la falta de agua y de comida, aparecía la trata de indígenas, pues los guajiros más pobres se endeudaban con comerciantes de Zulia. Bajo esta práctica, los comerciantes les entregaban maíz, panela y otras mercancías a los indígenas. Estas eran dejadas con sus familias y los indígenas endeudados partían a las haciendas de Encontrados y Zulia en Venezuela a pagar en trabajo el valor de las mercancías recibidas.<sup>59</sup>

## Trata y comercio de niños guajiros a Venezuela

Un factor que fue decisivo para legitimar los orfelinatos en La Guajira fue el abandono y orfandad que sufrían los niños y jóvenes al ser vendidos por sus padres para ser llevados a ciertas haciendas en Venezuela. Fray Antonio de Valencia, primer director del orfelinato de San Antonio, urgía la creación de orfelinatos ante esta práctica:

57 Eugenio de Valencia, “Misión de la Guajira, Sierra Nevada y Motilones”, Valencia, sin fecha, Archivio Generale Capuccini (AGC), Roma, Fondo H 42 Missio Guajira, II Documenta Officialia, 1927-1937.

58 “Orfelinato de San Antonio. Apuntes para las crónicas, años 1933-1950”, f. 7.

59 Erasmo del Valle, “Informe del comisario especial de La Goajira”, San Antonio, 9 de julio de 1926, AGN, SR, Ministerio de Gobierno, Sección I, tomo 938, sf.

estando estos terrenos tan sumamente pobres y escasos de agua, los indios se han visto obligados a abandonar sus casas y sus tierras en busca de alimentos para no perecer de hambre; y la miseria es tan espantosa, que varios padres de familia han preferido vender a sus hijos antes que verlos morir de hambre.<sup>60</sup>

La creación de orfelinatos significaba, según Valencia, no solo la construcción de edificaciones para alojar a los niños guajiros abandonados, sino de instalaciones capaces de solventar la escasez de agua a través de pozos artesianos o molinos de viento.<sup>61</sup> Este último punto fue definitivo para elegir los sitios en donde debían ubicarse los orfelinatos.

El revés de la legitimación de los orfelinatos como una forma de detener la trata de infantes era que los niños que se trasladaban a Venezuela se convertían en faltantes para el mercado de mano de obra en el lado colombiano. Este mercado fundamentalmente se orientaba hacia trabajadores que realizaran la curtibre de cueros de ganado vacuno y ovino, zapatería y talabartería, y la reforestación de pastos para adecuarlos a la producción agropecuaria ovina y caprina.<sup>62</sup> En este punto coincidían tanto las autoridades regionales como capuchinas, por lo que era necesario retener al mayor número de niños en los orfelinatos para ser formados en estos oficios. Una prueba de esta afirmación está en la formación misma de los niños y de las niñas en los orfelinatos. Los testimonios sobre la enseñanza en artes manuales son abundantes en las crónicas de la época, a diferencia de los de la instrucción escolar (de asignaturas como Religión, Historia Sagrada, Higiene, Lectura y Escritura, Aritmética y Canto). Este hecho sugiere que a los misioneros les preocupaba más la formación en artes manuales, mediante las cuales se quería trastocar las prácticas indígenas para inducir a oficios que se consideraban civilizados. Las crónicas del orfelinato de San Antonio refieren varias de estas actividades para los varones: imprenta, agricultura, carpintería, zapatería, encuadernación, herrería y albañilería.<sup>63</sup> Las niñas se formaban en el corte y costura de prendas de vestir como chaquetas,

60 Antonio de Valencia, "Creación de orfelinatos", *Ecos de la Misión* (Bogotá), n.º XXX, 10 de noviembre de 1912, 198.

61 de Gandía, "Los orfelinatos en La Guajira", 10 de noviembre de 1912, 195.

62 Gaspar de Orihuela, "Relatio Missionis de Guajira", *Analecta*, vol. LXII, julio-septiembre de 1946, 102; Vladimir Daza, *Imágenes de la frontera Guajira* (Riohacha: Gobernación de La Guajira, 2015), 24; Joaquín Viloria de la Hoz, *Café Caribe: la economía cafetera en la Sierra Nevada de Santa Marta* (Cartagena: Centro de Investigaciones Económicas del Caribe Colombiano / Banco de la República, 1997), 8-9.

63 Misioneros capuchinos, "Orfelinato de San Antonio. Apuntes para las crónicas, años 1933-1950", f. 20.

pantalones y camisas, de remendar mantas, y el aprendizaje de oficios domésticos como barrer, limpiar platos y cubiertos y preparar la mesa para la comida.<sup>64</sup>

Ahora bien, en el momento en que surgieron los orfelinatos guajiros, la trata de niños y jóvenes wayúu hacia Venezuela se intensificó por dos fenómenos: la necesidad de mano de obra en las haciendas azucareras de Zulia y los fuertes veranos que cada año afectaban a la península; estos hacían emigrar a los clanes más acaudalados en búsqueda de buenos pastos para sus ganados –principalmente en la Provincia de Padilla– expulsando a los guajiros más pobres hacia la frontera en búsqueda de sustento.<sup>65</sup> Este fenómeno estacionario tenía su mayor afectación entre los meses de diciembre y marzo por la presencia de los vientos alisios del noreste.<sup>66</sup> Sin embargo, el verano se prolongó con intensidad en el periodo de 1909-1912 y los años 1915 y 1925, momentos en los que la sequía y el hambre se hicieron más insoportables.<sup>67</sup>

La esclavitud de niños y jóvenes guajiros resultaba escandalosa, no solo para los misioneros sino también para las autoridades civiles colombianas. Esta práctica se extendió en las primeras tres décadas del siglo XX, pero empezó a decaer a finales de la década de 1940, cuando muchos guajiros huyeron a Venezuela, evitando así el control por clanes poderosos. Milciades Chaves, antropólogo que visitó y estudió a los pobladores de La Guajira en la década de 1950, analizó este fenómeno como una institución de la misma cultura wayúu, la cual, según su análisis, “se halla íntimamente ligada al régimen de seguridad del grupo, expresado por el derecho consuetudinario que transforma a las gentes esclavas en simples objetos a quienes no se reconocen derechos personales”.<sup>68</sup> Además, según Chaves, esta práctica se ve condicionada por las demás instituciones guajiras, en particular “la esclavitud se basa en la norma jurídica de que toda trasgresión en La Guajira puede resarcirse por medio del pago en dinero o especies”. De esta manera, los

64 “Orfelinato de San Antonio. Apuntes para las crónicas, años 1933-1950”, f. 77.

65 Polo, *Indígenas, poderes y mediaciones en La Guajira*, 112; González, *Los esclavos wayúu*, 9.

66 Guhl, *Indios y blancos en La Guajira*, 17.

67 Aquí seguimos el trabajo de Enrique Florescano, *Precios del maíz y crisis agrícolas en México, 1708-1810* (Ciudad de México: Era, 1969). En particular, Florescano establece que a lo largo del siglo XVIII hubo de forma cíclica –cada 7 a 13 años– en el valle central de México fuertes veranos que afectaron las cosechas de maíz y, por lo tanto, encarecieron su valor comercial, generando hambrunas y epidemias en la población más pobre.

68 Chaves, “La Guajira: una región y una cultura de Colombia”, 167.

esclavos son tratados como objetos susceptibles de ser comprados y vendidos, de ser regalados o privarse de ellos aún por medios violentos.

Chaves explica la esclavitud por segregación familiar a causa del hambre.<sup>69</sup> Se daba en los tiempos de sequía periódica en La Guajira cuando determinadas familias se veían coaccionadas de vender alguno o algunos de sus hijos en calidad de esclavos a una persona rica. De esta manera, la persona vendida aseguraba su alimentación y su familia recibía una cantidad de dinero, ganado, panela, ron o maíz que servía para mitigar las penurias del verano.

Sobre las causas de esclavitud afirmaba fray Eugenio de Valencia, uno de los fundadores de los orfelinatos de La Guajira, que los padres vendían a sus hijos a cualquier precio en Castilletes, puerto en el Golfo de Venezuela, o eran comprados por “indias muy ladinas” que iban a las rancherías del norte de La Guajira. Amplía fray Eugenio que también se daba “la esclavitud de contrato” en la que los indios se vendían a cuenta de que se les diera alimentos. Estos artículos eran entregados a sus familias e, inmediatamente, se embarcaban al destino en donde pagaría su deuda. Sin embargo, muchos de los indígenas al pagar su deuda eran retenidos y se les negaba volver a su tierra.<sup>70</sup> Como se observa, “la esclavitud de contrato” se refería ante todo para los indígenas adultos.

Un elemento novedoso en el análisis de Chaves, y que difiere del de fray Eugenio, es el hecho de que la venta de niños y jóvenes en Castilletes, que tenían como dirección el mercado en Venezuela, era también una estrategia de huida ante las deudas contraídas con clanes más poderosos. Allí se encontraban con gentes de su misma cultura y trabajo. Para la década de 1950, tiempo del análisis de Chaves, “la familia guajira emigra[ba] a Maracaibo en busca de trabajo y de mejores condiciones de vida y en esta forma quedan anuladas o por lo menos reducidas al mínimo las pretensiones de los grupos pudientes para esclavizar a familias guajiras”.<sup>71</sup>

La trata de guajiros en Venezuela no se puede entender sin un doble proceso de crecimiento de las industrias del azúcar y del petróleo en el Estado del Zulia. En primer lugar, el ciclo expansivo de la producción azucarera al sur del Lago de Maracaibo se inició a finales de la primera década del siglo XX, gracias a la inyección de capitales de procedencias local, caribeña y norteamericana. Este se caracterizó por

69 Chaves, “La Guajira: una región y una cultura de Colombia”, 167-169.

70 Eugenio de Valencia, “Misión de la Guajira, Sierra Nevada y Motilones”.

71 Chaves, “La Guajira: una región y una cultura de Colombia”, 169.

la llegada de nuevas tecnologías y el proceso de transformaciones organizativas de las unidades agrícolas.<sup>72</sup>

En segundo lugar, la extracción de petróleo hacia el lado oriental del lago Maracaibo fue impulsada en los primeros años de la dictadura venezolana de Juan Vicente Gómez (1908-1935), favoreciendo el capital extranjero al permitir el acceso de compañías petroleras norteamericanas y europeas, como la Standard Oil Company, la Gulf y la Shell. Al respecto señala Irene Rodríguez que el gobierno de Gómez auspició un aumento progresivo de la inversión extranjera en Venezuela y esto sucedió al tiempo que Estados Unidos se convertía en el epicentro del sistema capitalista de Occidente, lo que supuso el dominio comercial y, en cierto punto, político de zonas productivas en el extranjero para garantizar el suministro permanente de materias primas para su proceso expansivo de industrialización.<sup>73</sup>

Ambas industrias exigieron mano de obra local; no obstante, la industria del petróleo capitalizó los obreros que primero se habían concentrado en las haciendas azucareras. De esta manera, los hacendados zulianos vieron en La Guajira la oferta de trabajadores necesaria para la producción azucarera y de alimentos para los trabajadores del petróleo –de municipios como Maracaibo, Cabimas y Ciudad Ojeda–, y articularon una red con contrabandistas de ambos países para importar indígenas.<sup>74</sup> Testimonios de la época mostraban un movimiento, sobre todo de niños, para ser llevados a Venezuela, que las autoridades fronterizas de ambos lados hacían poco por detener. Este comercio había sido tomado por los mismos nativos. Escandalizado, el comisario de La Guajira Francisco Pichón afirmaba: “no exagero, al fijar en 800 el número de indiecitos de 6 a 12 años, que han salido vendidos por la frontera guajira en el último semestre de 1914”.<sup>75</sup> Las impresiones de Pichón se explicaban por el aumento de las exportaciones de azúcar de Venezuela que

72 Marisol Rodríguez, “Capitales nacionales y caribeños en el Zulia: establecimiento de la primera industria azucarera venezolana, 1900-1920”, *Memorias. Revista digital de historia y arqueología desde el Caribe* 2, n.º 4 (2005). El proceso de industrialización del azúcar se da en tiempo de fortalecimiento del latifundismo el presidente Juan Vicente Gómez, el que aprovechó, desde su posición de dictador, acaparar 445 haciendas, 36 hatos y 72 fundos, ubicados en casi todos los Estados de la República; ver Rosalba Méndez, “Gómez, ¿un periodo histórico?”, en *Juan Vicente Gómez y su época*, compilado por Elías Pino (Caracas: Monte Ávila, 1993), 49.

73 Irene Rodríguez, “Perfil de la economía venezolana durante el régimen gomecista”, en *Juan Vicente Gómez y su época*, 88.

74 Daza, *Los Guajiros*, 102; Rivera, “La metáfora de la carne sobre los wayúu en la península de La Guajira”: 104-105.

75 Francisco Pichón, “Notas de viaje”, *La Voz de Riohacha* (Riohacha) n.º XCV, febrero 22 de 1915.

empleaban a más guajiros, a causa del terrible impacto que tuvo la Gran Guerra en las áreas remolacheras de Europa, lo que ocasionó un serio déficit en la oferta mundial de azúcar.<sup>76</sup>

Como se puede observar, este fenómeno del comercio de niños en la frontera tenía grandes dimensiones que eran difíciles de detener, a pesar de los esfuerzos de las autoridades civiles. Los orfelinatos de San Antonio y Nazaret se convirtieron en una de las salidas para acoger algunos de los niños que eran destinados a este mercado. Los capuchinos vieron en esta solución una forma pragmática de tener niños; por esta razón, entraban en competencia con los traficantes de niños comprando algunos de ellos. Había una legitimación desde la caridad cristiana en la que yacía el deseo de la salvación de los niños. Sin embargo, este discurso resultaba ambiguo, puesto que el rescate de niños tenía que ver con el cada vez mayor faltante de mano de obra en la península guajira que había emigrado al país vecino. Las fuentes gubernamentales indicaban que a finales de la década de 1920 unos 15.000 wayús trabajaban en las haciendas del Estado Zulia y unos 2.000 en las haciendas del Estado Táchira.<sup>77</sup>

## Conclusiones

Los orfelinatos de La Guajira surgieron como respuesta al fracaso de las políticas misioneras que se habían orientado hacia la formación de escuelas y la visita itinerante o correrías a las rancherías indígenas. En principio, la elección de San Antonio y Nazaret como lugares propicios para los orfelinatos obedeció al principio básico de garantizar un bien preciado como el suministro de agua en medio de la aridez de La Guajira. Se reforzaban estas posiciones por ser San Antonio un paso obligado para el contrabando y Nazaret el estar ubicado en la serranía de la Macuira, lugar sagrado y de peregrinación para los distintos clanes guajiros.

Es importante notar que la alianza entre capuchinos y el gobierno local permitió orientar, esta vez, los esfuerzos de civilización y evangelización hacia clanes cercanos y pobres. También hubo una aproximación a clanes numerosos y ricos que habitaban el territorio, los cuales fueron convencidos para enviar algunos de sus hijos al orfelinato. En San Antonio se muestra la presencia de niños del clan Ipuana que era muy cercano de los capuchinos y que había protagonizado una guerra con

76 Rodríguez, "Capitales nacionales", 4.

77 Daza, *Los Guajiros*, 100.

otros clanes poderosos como los Epinayú y Arpushuana. Se puede afirmar que el accionar misionero propiciaba un control sobre aquellos grupos protagonistas de las guerras entre clanes siendo mediadores y recibiendo niños en el orfelinato. No obstante, estos mismos grupos eran beneficiarios de alguna forma de su amistad con los misioneros, pues les permitía acceder a sus buenos oficios para la solución de los conflictos que eran permanentes en la región. De esta manera, se constata la idea de la misión como “espacio misional” en el que es propicio el intercambio de saberes –en este caso, la capacidad de solucionar los conflictos– entre misioneros e indígenas.<sup>78</sup>

Unido a las secuelas de los largos veranos en las comunidades indígenas pobres, aparecía el fenómeno de la trata de niños hacia Venezuela. Esta cuestión no era un problema menor, ya que evidenciaba las particularidades de la expansión del capitalismo en la región en las primeras décadas del siglo XX.<sup>79</sup> Por un lado, mostraba la necesidad de mano de obra en las haciendas de Zulia, las cuales se habían convertido en proveedoras de azúcar para Europa y de alimentos para los obreros que participaban en la extracción del petróleo en la región. Por otro lado, aparecía la exigencia de mano de obra para el comercio local en La Guajira. Los capuchinos argumentaban la necesidad de los orfelinatos como una forma de retención de niños que podían terminar en las haciendas venezolanas; sin embargo, había un interés de nutrir el mercado local con la mano de obra indígena. De esta manera, los misioneros representaban de forma cabal los intereses del Estado colombiano: reteniendo y formando indígenas calificados en oficios como la talabartería y la producción agropecuaria ovina y caprina.

El análisis de los casos de los orfelinatos de San Antonio y de Nazaret supone un aporte para el estudio de las misiones religiosas entre indígenas en el país en la primera mitad del siglo XX. De forma particular se establecen los mecanismos del desarrollo de una misión religiosa. Se pueden enumerar varios mecanismos: el vínculo entre Estado e Iglesia; las formas de cambio cultural emprendidas por los misioneros sobre las comunidades indígenas, pero también la reacción de los mismos indígenas en su negociación con la misión religiosa; el uso de varias estrategias misioneras que varían desde las más tradicionales como las correrías apostólicas y la fundación de poblados hasta la educación de infantes. Es precisamente en este

78 Córdoba, *En tierras paganas*, 250.

79 Rose Thorpe, *Progreso, pobreza y exclusión. Una historia económica de América Latina en el siglo XX* (Nueva York: Banco Interamericano de Desarrollo, 1998), 49.

punto en donde aparece el orfelinato que, de alguna forma, era la intersección de varios intereses misioneros como establecer un lugar fijo que era simultáneamente escuela y poblado, además de crear las condiciones para recibir niños de distintos clanes indígenas, muchos de ellos rivales entre sí.

Como aspecto novedoso en el análisis, el orfelinato fue escenario del cruce de intereses entre indígenas, misioneros y comerciantes locales y del otro lado de la frontera, pues justamente los infantes indígenas eran sujetos de disputa como fuerza laboral ante una onda del capitalismo que se extendía ante nuevas exigencias internacionales. De esta manera, se enfatiza la idea del “espacio misional”, esta vez en términos de una relación asimétrica entre indígenas y los otros actores que buscaban el aprovechamiento de su trabajo. Indudablemente, en estas relaciones se debe distinguir el papel de algunos indígenas que hicieron parte de este comercio recogiendo niños que eran ofrecidos en el mercado fronterizo.

## Bibliografía

### I. Fuentes primarias

#### Archivos

Archivo General de la Nación (AGN), Bogotá, Colombia

Sección República (SR)

Fondo Ministerio de Gobierno

Archivio Generale Capuccini (AGC), Roma, Italia

Fondo H 42 Missione Guajira

Archivo Histórico de la Orden de los Hermanos Menores Capuchinos (AHCB), Bogotá,

Colombia

Fondo Guajira

Archivo Provincial de los Capuchinos (APCV), Valencia, España

Vicariato Apostólico de La Guajira

Archivio Sacra Congregazione Propaganda Fide (ASCPF), Ciudad del Vaticano

La Nueva Serie (1893-1938)

#### Publicaciones periódicas

*Analecta*. Roma, 1894, 1904 y 1946

*Diario Oficial*. Bogotá, 1903

*Ecos de la Misión.* San Antonio, 1912, 1913, 1915 y 1931

*Florencias de San Francisco.* Valencia, 1923

*La Voz de Riohacha.* Riohacha, 1915

### Documentos impresos

**Congreso de la República de Colombia.** “Leyes expedidas por el Congreso Nacional en su legislatura de 1912”. Bogotá: Imprenta Nacional, 1938.

**Congreso de la República de Colombia.** “Leyes expedidas por el Congreso Nacional en su legislatura del año de 1914. Sesiones extraordinarias y ordinarias”. Bogotá: Imprenta Nacional, 1915.

**Congreso de la República de Colombia.** “Leyes expedidas por el Congreso Nacional en su legislatura del año de 1915”. Bogotá: Imprenta Nacional, 1915.

**Dávila, Manuel.** “Informe sobre el proyecto de ley relativo a la reducción y civilización de los indios motilones, goajiros y arhuacos”. Bogotá: Imprenta Nacional, 1914.

**Junta Arquidiocesana Nacional de las Misiones en Colombia.** “Las misiones católicas en Colombia. Labor de los misioneros en el Caquetá, Putumayo, La Goajira, Magdalena y Arauca. Informes, año 1918-1919”. Bogotá: Imprenta Nacional, 1919.

**Junta Arquidiocesana Nacional de las Misiones en Colombia.** “Informes sobre las misiones del Caquetá, Putumayo, Goajira, Casanare, Meta, Vichada, Vaupés y Arauca”. Bogotá: Imprenta Nacional, 1917.

**Valencia, Eugenio de.** “Historia de la misión Guajira, Sierra Nevada y Motilones. Colombia (América): 1868-1924”. Valencia: Antonio López, 1924.

## II. Fuentes secundarias

**Block, David.** *La cultura reduccional de los Llanos de Mojos: tradición autóctona, empresa jesuítica y política civil, 1660-1880*. Sucre: Historia boliviana, 1997.

**Cabrera Becerra, Gabriel.** *Los poderes en la frontera. Misiones católicas y protestantes, y estados en el Vaupés colombo-brasileño, 1923-1989*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia, 2015.

**Cervantes, Fernando.** “¿Cristianismo o sincretismo?: una interpretación de la conquista espiritual en la América española”. En *Religiosidad e historiografía*, editado por Hans-Jurgen Prien, 21-24. Madrid: Iberoamericana, 1998.

**Chaves, Milciades.** “La Guajira: una región y una cultura de Colombia”. *Revista Colombiana de Antropología* 1 (1951): 125-195.

- Córdoba, Juan F. *En tierras paganas: misiones católicas en Urabá y en La Guajira, Colombia, 1892-1952*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2015.
- Daza, Vladimir. *Imágenes de la frontera Guajira*. Riohacha: Gobernación de La Guajira, 2015.
- Daza, Vladimir. *Los Guajiros: "Hijos de Dios y de la Constitución"*. Riohacha: Fondo Mixto para la Promoción de la Cultura y de las Artes de La Guajira, 2005.
- Florescano, Enrique. *Precios del maíz y crisis agrícolas en México, 1708-1810*. Ciudad de México: Era, 1969.
- Gálvez, Aída. *Por obligación de conciencia: Los misioneros del Carmen Descalzo en Urabá, 1918-1941*. Bogotá: ICANH / Universidad de Antioquia / Universidad del Rosario, 2006.
- Gómez, Augusto. *Putumayo, indios, misión, colonos y conflictos, 1845-1970*. Popayán: Universidad del Cauca, 2010.
- González, Fredy. *Los esclavos wayúu de las haciendas del Zulia*. Riohacha: Gobernación de La Guajira, 2009.
- Guhl, Ernesto, comp. *Indios y blancos en La Guajira. Estudio socio-económico*. Bogotá: Tercer Mundo, 1963.
- Hering Torres, Max S. y Amada Carolina Pérez Benavides. "Apuntes introductorios para una historia cultural desde Colombia". En *Historia Cultural desde Colombia: Categorías y debates, 15-46*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia / Pontificia Universidad Javeriana / Universidad de los Andes, 2012.
- Kuan, Misael. *Civilización, frontera y barbarie. Misiones capuchinas en Caquetá y Putumayo, 1893-1929*. Bogotá: Universidad Javeriana, 2016.
- Kuan, Misael. "Cotidianidad y ritual en el orfelinato de San Antonio en La Guajira, 1933-1935". En *Etnohistoria: miradas conectadas y renovadas*, compilado por Mercedes Prieto y Carlos Briceño, 349-363. Quito: FLACSO Ecuador / Abya Yala, 2021.
- Kuan, Misael. "Indígenas y misioneros: historiografía de las misiones religiosas en Colombia en el periodo republicano". En *Historias del hecho religioso en Colombia*, editado por Jorge Salcedo y José David Cortés, 231-266. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2021.
- Kuan, Misael. "Nuevas estrategias misioneras en Putumayo: la fundación de Puerto Asís y el orfelinato indígena (1912-1920)". *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras* 25, n.º 2 (2020): 17-46.
- Langer, Erick. *Expecting Pears from on Elm Tree: Franciscan Missions on the Chiriguano Frontier in the Heart of South America, 1830-1949*. Durham - Londres: Duke University Press, 2009.

- Méndez, Rosalba. "Gómez, ¿un periodo histórico?". En *Juan Vicente Gómez y su época*, compilado por Elías Pino, 27-58. Caracas: Monte Ávila Editores, 1993.
- Mongua Calderón, Camilo. *Los rostros de un estado delegado. Religiosos, indígenas y comerciantes en el Putumayo, 1845-1904*. Bogotá - Quito: Universidad del Rosario / FLACSO Ecuador, 2022.
- Pérez Benavides, Amada Carolina. *Nosotros y los otros. Las representaciones de la nación y sus habitantes Colombia, 1880-1910*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2015.
- Polo, José T. *Indígenas, poderes y mediaciones en La Guajira en la transición de la Colonia a la República (1750-1850)*. Bogotá: Universidad de los Andes, 2012.
- Rausch, Jane. *La frontera de los llanos en la historia de Colombia (1830-1930)*. Bogotá: Banco de la República / El Áncora, 1999.
- Rivera, Alberto. "La metáfora de la carne sobre los wayúu en la península de La Guajira". *Revista Colombiana de Antropología* 28 (1990-1991): 89-136.
- Rodríguez, Irene. "Perfil de la economía venezolana durante el régimen gomecista". En *Juan Vicente Gómez y su época*, compilado por Elías Pino, 69-90. Caracas: Monte Ávila, 1993.
- Rodríguez, Marisol. "Capitales nacionales y caribeños en el Zulia: establecimiento de la primera industria azucarera venezolana, 1900-1920". *Memorias. Revista digital de historia y arqueología desde el Caribe* 2, n.º 4 (2005): 1-35.
- Rozo, Estaban. "Remaking Indigeneity: Conversion and Colonization in Northwest Amazonia". Tesis de doctorado, Universidad de Michigan, 2013.
- Serje, Margarita. "El mito de la ausencia del Estado: la incorporación económica de las 'zonas de frontera' en Colombia". *Cahiers des Amériques latines* 71 (2013): 95-117.
- Serje, Margarita. *El revés de la Nación. Territorios Salvajes, fronteras y tierras de nadie*. Bogotá: Universidad de los Andes, 2005.
- Thorpe, Rose. *Progreso, pobreza y exclusión. Una historia económica de América Latina en el siglo XX*. Nueva York: Banco Interamericano de Desarrollo, 1998.
- Viloria de La Hoz, Joaquín. *Café Caribe: la economía cafetera en la Sierra Nevada de Santa Marta*. Cartagena: Centro de Investigaciones Económicas del Caribe Colombiano / Banco de la República, 1997.